

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes.	1
Trimestre.	2,50
Semestre.	5
Año.	10

PROVINCIAS

Tres meses.	3
Seis.	5,50
Año.	10
Extranjero y Ultramar. .	5 pesos.

CORRESPONSALES

25 números de EL MO-	
TIN.	2,50
Idem del SUPLEMENTO. .	0,75

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.^o de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe.
Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.
La correspondencia al Administrador del periódico.

Centro de suscripción

En Madrid: librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.
En la Habana, D. José Pozo, calle del Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LA PROTESTA DEL EPISCOPADO

Tan roñosos se iban haciendo los fieles, que ni Dios les arrancaba un cuarto para el Dinero de San Pedro, y la situación del Pontificado iba tomando mal cariz.

Y no es que nuestro amantísimo Padre sea codicioso, sino que le cuesta un dineral sostener la casa y la servidumbre con el decoro que á su alto cargo corresponde.

Algún jesuita, con la mejor voluntad y lleno de cariño hacia el Padre común de los católicos, debió decirse para su sotana:

—Si, pagando á cuatro sacristanes para que hicieran cuatro profanaciones, pudiéramos conmovier la Italia y aun toda la Cristiandad, ¿qué de metales se nos iban á entrar por las puertas!

La idea era muy viable, y se puso en práctica con tan óptimos resultados, que el inventor de ella está asombrado del éxito, pues se ha levantado una marejada universal de afecto hacia la Santa Sede.

No hay obispo que no se crea obligado á dirigir su cachito de pastoral, ni predicador que no haga sus correrías oratorias, ni monaguillo que no se conmueva, ni beata que no se desmaye considerando la triste situación del prisionero del Vaticano.

España no podía permanecer sorda al llamamiento, y los prelados españoles, que siempre se distinguieron por su incondicional adhesión á la Silla Pontificia, han publicado una protesta de lo más enérgico y apasionado que han producido plumas episcopales.

En ella, después de los lamentos de rúbrica, dicen los prelados que nunca dejarán de contribuir con todas sus fuerzas á que jamás se arranque á Roma su carácter é indeleble sello de ciudad esencialmente pontificia, y seguirán reclamando á Roma sin intermisión, fundados en un derecho incontrastable é imprescriptible, anterior y superior á otro cualquiera, y convencidos de que es garantía indispensable de la libertad é independencia del vicario de Jesucristo, de la paz del mundo y de la tranquilidad y sosiego de las conciencias.

Aplaudo la actitud enérgica de los príncipes de la Iglesia, y les aconsejo, para que su protesta tenga autoridad, que renuncien á los crecidos sueldos que cobran de un Estado liberal é impío, que no sólo ve con indiferencia la cautividad de León XIII, sino que llega hasta el punto de reconocer como legítima la unidad italiana bajo el cetro de los Saboyas.

Así lo harán, no me cabe duda; pues si, abrigando tan nobles y redentores sentimientos, continuasen comiendo de la olla oficial y haciendo reverencias á personas que tales iniquidades toleran, esas protestas, esas demostraciones de afecto á la Cabeza visible de la Iglesia y las coplas de Calafinos llegarían á ser una misma co-

sa, y los fieles cristianos desconfiarían de la sinceridad de los prelados que protestan, pero cobran.

L.

LA CUARESMA EN EL CIELO

I

D. Simplicio había cometido un pecado terrible... La conciencia y el estómago de este bienaventurado reñían grandes batallas durante la Cuaresma, porque él era católico á macha-martillo, y además gastrónomo rabioso.

Después de oír misa en las Calatravas, D. Simplicio volvía á su casa con el propósito de saborear un opíparo almuerzo de pescado. Aquella mañana vió frente al hotel de las Cuatro Naciones un hombre que llevaba una tabla sobre la cual se sostenía un crustáceo parecido á una langosta. D. Antonio, secretario del hotel, regateaba el precio. Había ofrecido seis duros...

—Mire usted que seis duros por un *escribano* vivo! — exclamó el vendedor. — Para no hablar más, se le dejó á usted en ocho...

A D. Simplicio le bailaban los ojos. Hacía mucho tiempo que tenía ganas de comerse un *escribano*. Le miró con ojos de borrego á medio morir, mientras le pasaba las manos por el carapacho, y, dando lo que le pedían, metióse el *escribano* en un bolsillo del gabán. Los bigotes del bicho quedaron fuera bailando una polka.

Cuando D. Simplicio salió de las Calatravas «derechito á su casa», sita en la Plaza de Oriente, arrimada al sol que más calienta, hubo de ocurrírsele, por mal de sus pecados, la idea de cruzar por la calle de Sevilla. Aquel gran derribo le ponía nervioso, afigiéndole su espíritu de buen católico. Miró tristemente las derruidas casas, *campos de soledad* para su seráfico espíritu, y bajó por la Carrera de San Jerónimo, con la sana intención de seguir «derechito á su casa». Pero se detuvo frente al *restaurant* Lhardy. Allí, en el escaparate, estaban expuestas unas salchichas trufadas, de Burdeos, ¡qué ricas! D. Simplicio tenía dos aspiraciones, únicas, exclusivas, á saber: oír diariamente una misa y tragarse todas las salchichas trufadas que pudiera. Jamás las viera él tan hermosas ni tan bien olientes como aquéllas, y cuenta que las veía y olía de puertas afuera del *restaurant*. El lo pensó mucho, y, venciendo la tentación, echó á correr sin volver la vista. Pero en la Puerta del Sol sintió un desvanecimiento. El pote, repleto de sabroso embutido, no se le marchaba de la imaginación. Las mujeres que pasaban á su lado, le olían á salchichas trufadas... y, dirigiéndose otra vez hacia el escaparate, se arrojó de nuevo en la contemplación de las salchichas.

—¡Orgullosa! ¡Ni que llevaras de polisión la Biblia en verso de Carulla! — exclamó un tertuliano de la acera del Café Imperial, hablando con una chula que se balanceaba al andar como una paloma.

Volvió la cara el bueno de D. Simplicio, para ver al deslenguado que profiriera tamaña irreverencia, cuando se dió de manos á boca con la chula...

—¡No es mala ración de vista, mamarracho! — dijo ella, al paso.

Este descaro hirió en lo vivo á D. Simplicio, decidiéndole á comprar el pecado, esto es, las salchichas. Como no quería dar mal ejemplo á su piadosa familia, se fué al retrete en llegando á su casa, y allí se puso de salchichas hasta que no le cogieron más. Entró después en el comedor, bendijo la mesa y se engulló el almuerzo de marisco.

Este enorme pecado se cometió á la una de la tarde. A las dos sintió D. Simplicio el primer retortijón de un cólico *miserere*, y poco después era tan cadáver como el *escribano*.

No se le pudo cerrar bien la boca; y á su prole ó cría, que echaba sobre el *escribano* la culpa de aquella muerte, parecíale que salían de los descoloridos labios del papá los bigotes del crustáceo bailando una polka...

II

Allá, en el Cielo, echaban la casa por la ventana en honor de la Virgen... Había besamanos á primera hora, gran *menu* servido por Lhardy al caer de la tarde, y era mucha la algazara de los santos porque la Pasqua y Gayerre cantaban la *Favorita*. Era turno de moda, y muy grande la cola á la puerta del teatro. Daba la vez San José, que se había quedado el último, y no esperaba ya conseguir localidad, porque los revendedores, que eran curas, pedían torres y montones por cada asiento de paraíso.

D. Simplicio, muy majo con el traje que le pusieron antes de enterrarle, llegó con su maleta á las puertas del Cielo, en donde le esperaba Carulla, que había sido nombrado introductor de hombres buenos por aquello de haber puesto la Biblia en verso.

Cuando entraron en el salón del Trono, con el propósito de presentarse al Padre Eterno, desfilaron unas señoritas acompañadas de su mamá. Un hujier acababa de anunciarlas, gritando: «¡La Paca con sus niñas!...» Y la Antonia, una de ellas, que era de la piel del Diablo, le tiraba de los bigotes al hujier.

Carulla se aproximó al Trono del Altísimo, y mirando á éstas, al par que miraba á su amigo, les presentó así: —El Padre Eterno... Mi amigo D. Simplicio...

El Altísimo se dignó sonreír desde su elevado asiento, y dijo benévolamente:

—Acércate, mi buen Simplicio. Ya te conocía mucho de nombre...

D. Simplicio quedó prendado de este lenguaje y, á fuer de galante, le contestó con voz meliflua:

—¡Yo también le conocía á usted de reputación!...

Ya en los pasillos, díjole Carulla:

—¡Valiente plancha te has tirado!... ¿Qué dirá la Providencia?...

Cada uno de los salones del Cielo semejaba una ascua de oro y luz. Las más extrañas melodías resonaban en aquel recinto, por cuyos artesonados techos se esparcía un suave olor á santidad y un color de rosa pálido, lila casi. La mesa, que estaba ya servida, era tan larga, que se perdía de vista. D. Simplicio estaba absorto, contemplando una larga hilera de *escribanos* y salchichas trufadas. Vió al director de *El Siglo Futuro* que cogía puros habanos, y, no queriendo ser menos, se llenó á hurtadillas los bolsillos de *escribanos* y salchichas trufadas...

Las santas, encantadoras con vaporosos trajes de verano, le sonreían y le hablaban de tú... Santa Tecla tocaba al piano música de *La Gran Vía*, y á San Pascual Bailón se le iban los pies de puras ganas de bailar aquello de «Yo soy un baile de criadas y de horteras...» Algunas santas jugaban al *Tío Vivo*, y algunos santos gritaban: «¡mucho, mucho!» cuando se meneaba al desgaire, con indolencia sosa que gustaba, la monísima rubia que hacía de *Calle de Sevilla*. Santa Ursula y las once mil vírgenes no participaban de la fiesta, porque estaban ocupadas en comer pan de boda...

La escena le parecía cuento á D. Simplicio, y, resuelto á salir de dudas, se fué derecho á San Escalada, que estaba allí á pesar de haber puesto verdes á los académicos, y le habló de esta manera: —Oiga usted, amigo: estamos en Cuaresma, si no miente el *Zaragozano* de Mariano Castillo, que compré (el almanaque) allá abajo por un perro grande... ¿Qué *juerga* es ésta?

Quedóse el ingenioso escritor mirando entre desdeñoso y compasivo al pobre diablo, y luego le contestó: —¿Conque *juerga*, eh? ¡Está usted académico, digo, tonto!... La Cuaresma, señor San Simplicio, no se celebra aquí gimiendo y llorando, sino cantando y bailando, como *El quiere*. Sin la muerte de Dios no estaríamos aquí, ni se hubiera usted metido en los bolsillos esos *escribanos* y salchichas. ¿Se figuraba usted que no le había visto? Y abominar de esa muerte, que es nuestra vida, sería una primada. Además, nosotros no matamos á Dios. Eso fué cosa de los académicos, digo, de los judíos: ¡allá ellos!...

LUIS BONAFUOX.

EL DINERO DE LOS INCAUTOS

Uno de los principales deberes de todo fiel cristiano, es allegar recursos á la Iglesia para que ésta pueda hacer frente á sus innumerables necesidades.

Los curas predicán la caridad é imploran la metálica limosna á que está obligado todo fervoroso creyente, unas veces á pretexto de novena, otras apelando á la rifa de cualquier objeto, medio éste que emplean con frecuencia, á pesar de que las leyes lo prohíben.

El objeto es reunir dinero, y sabido es que para esto los curas no reparan en medios; porque, como dicen, la Iglesia es la madre cariñosa de los pobres, y necesita la protección de los favorecidos de la fortuna para cumplir con su más alta misión, el ejercicio *desinteresado* de la caridad.

Pero como la Iglesia tiene sus ministros, y son éstos los encargados de administrar sus bienes, resulta que cada presbítero da la inversión que le parece al dinero que le sueltan los incautos.

Unos entregan parte á las congregaciones religiosas para su distribución entre parientes y paniaguados; otros se entretienen en distribuirlo á los recomendados de los amigos, y los más lo destinan á exigencias del culto, tales como adquisición de imágenes, compra de manteos, vestidos al ama de gobierno, trajecitos á los niños de ésta, buenas magras, mejor vino, etcétera, etc.

Y, sin embargo de conocer todos estas tristes verdades, hay todavía quien socorre á la Iglesia con cuantiosas sumas; quien compra á cientos las papeletas de las prohibidas rifas, y hasta quien, para ejercer un acto de caridad, acude á los curas, que con cuatro palabras burdas y unas cuantas bendiciones lo pagan todo.

Ninguna parroquia ni ningún convento cumple con su deber en este punto; pues si bien hay algunas que distribuyen algo de lo que para limosna recaudan á los beatos holgazanes de profesión, imponen á los favorecidos una serie de obligaciones que desvirtúan siempre la obra piadosa.

¿Por qué es esto? Fácilmente se adivina, sabiendo que antes que la pobreza y la necesidad están la fe verdadera... en las farsas clericales y el ejercicio constante del culto católico.

De suerte que el dinero de los incautos sólo sirve para satisfacer exigencias particulares de la gente de Iglesia y de sus amigos predilectos, sea cual fuere el medio de obtenerlo y la distribución que se le señale.

Convendría que las personas caritativas viesen claro todo esto y privasen de tan lucrativo negocio á los explotadores de sotana.

MARIANO VELA VERGARA.

UNA CONSULTA

Ilustrísimo Sr. D. Julián Pando:

Un escrúpulo de conciencia me obliga á dirigirme á V. I., suplicándole que, como vicario y visitador de Madrid, y por ende maestro y norma de presbíteros, se digne desvanecerlo.

Es el caso, que convendría á mis intereses litigar el cobro de una cantidad que un hermano en Cristo me adeuda, y, como entiendo que el oficio de pleiteante se opone á la caridad cristiana, no me decido á ello, temeroso de contradecir los preceptos del Evangelio, entre otros varios el versículo 40 del Capítulo V de San Mateo: «Al que quiera entrar contigo en juicio y quitarte tu túnica, dásela, juntamente con la capa»; y éste otro de San Lucas (C. VI, v. 30): «Al que quita lo que es tuyo, no se lo pidas»; pero más que todo me asustan las palabras de San Pablo, que declaran un delito el pleitear: *Jam quidem omnino delictum est in vobis, quod juditea habetis inter vos. (Ad Corinthios, Capítulo VI.)*

Ahora bien, señor vicario. En la *Gaceta de Madrid* he visto la sentencia dictada por el juez de Primera instancia del distrito de Palacio en un pleito promovido por V. I. (no como tal D. Julián Pando López, sino como vicario visi-

tador) contra los herederos *abintestato* de Don Ricardo Mira Bueno, presbítero, colector que fué de la iglesia de Santa Cruz; y en vista de esto, yo le pregunto á V. I.: ¿Es compatible con la moral cristiana el litigio de bienes terrenales, y no tan sólo es lícito á los laicos, sino también á los sacerdotes, aun cuando en el pleito haya que exhumar y entregar á la publicidad el nombre y acaso la buena fama de otro sacerdote difunto?

¡Ah, D. Julián Pando y López! Si esto fuera así, no sabe usted el consuelo que me proporcionaría la noticia, pues entonces perseguiría judicialmente á mi deudor, y hasta podría complacerme en ver cómo le embargaban, cómo le reducían á la miseria, cómo su familia carecía de pan; y, si alguien me argüía con los textos arriba citados, yo podría contestarle satisfecho:

«Esa será la doctrina del Evangelio; mas yo la interpreto según el eminente sentir del ilustrísimo Sr. D. Julián Pando y López, vicario visitador de Madrid y su partido».

Así, hágame V. I. el obsequio de asegurarme que obro bien imitándole, y verá V. I. cómo reviento á mi deudor, con la misma energía con que V. I. ha reventado á los suyos.

¡Apenas sería yo intransigente y cruel, parapeitado tras el caritativo ejemplo de autoridad tan respetable!

LA CUESTIÓN SOCIAL

Jauja (Orihuela) 9 de Enero de 1887.

Estúpidos, los que tenéis la pretensión ridícula de vivir de vuestro honrado trabajo: á vosotros me dirijo, dándoos en el rostro, por vía de exordio, con vuestra propia ignominia. No merecéis ni el nombre de personas, y no debiera tomarme la molestia ni aun de llamaros *brutos*.

Me inspiráis compasión, y os dedico el último trabajo de mi vida antes de avecindarme para siempre en esta encantadora ciudad.

Arrojad esos instrumentos que os envilecen, encalleciendo vuestras manos y publicando vuestra miseria y vuestra deshonra.

Esos que agonizan asfixiados cien metros bajo tierra, extrayendo metales, que nunca pasan acuñados por sus bolsillos, que salgan á la luz del Sol.

Los que cavan, los que reman, los que escriben, los que estudian, turba de descamisados hambrientos que sueñan arrancar á la tierra, al mar, al tintero y á los libros un pedazo de pan duro y amargo, hagan punto final en su ímproba tarea, y huelguen con nosotros *in aeternum*.

La cuestión batallona está resuelta: comer sin trabajar: el *desideratum* de la Humanidad hubo quien lo sonó en Jauja. Jauja está aquí. ¡Españoles, á Orihuela! Seis varas de paño burdo, un cordel, unas alpargatas y un rosario no cuestan casi nada y aseguran á un hombre los garbanzos de toda su vida y un rinconcito en la patria celestial.

Si ustedes hubieran visto como yo los resultados, me darían la razón, me levantarían una estatua por el servicio que presto á mis compatriotas.

He visto unos hombres uniformados de aquella guisa, con sendas alforjas y cestas descomunales, repletas de comestibles y bebestibles, y cómo las almas piadosas les daban lo mejor de sus despensas.

He visto cómo hasta las más pobres mujeres les entregaban el pan que los cernicales de sus maridos tienen la estupidez de ganar trabajando de sol á sol.

He sabido, en fin, que los comerciantes que se han atrevido á pensar que no se ha de socorrer á quien puede trabajar y no han aflojado á los frailes cuanto piden, han tenido que cerrar el establecimiento por falta de clientela.

¿Quién piensa en trabajar cuando se descubren estos *modus vivendi*, á cuya sombra se mantiene tanto holgazán?

A vosotros, impíos, descreídos, revolucionarios, tal vez os asalten las satánicas ideas de un segundo *treinta y cuatro*. ¡Dios os tenga de su mano! A mí, por el contrario, me cumple aconsejaros que no desperdiciéis la ocasión, que arregléis vuestras cuentas, y á Orihuela por todo.

¡La familia, la familia!... ¿Quién piensa en la familia? Más de mil muchachas, bonitas como los ángeles del de Urbino, esbeltas como las palmeras de la Huerta y frescas y lozanas como las riberas del Segura, salían del convento de Capuchinos esta misma tarde, y platicaban, y se despedían, y miraban, y sonreían á los seráficos hijos menores de San Francisco, que ¡vamos! aquello partía los corazones y hacía olvidar hasta la familia sagrada, no digo la profana.

¡Ea! Fuera escrúpulos y á Orihuela: buen pan, buen vino, buena carne y muchachas bonitas. Aquí no se asustan por millar más ó millar menos de gorriones. Cerca de tres mil mantienen estos estúpidos; cerca de tres mil personas eclesiásticas, que viven á espaldas de la ley de vagos.

Conque hasta nunca, si no se deciden á tomar el tren, porque en Jauja no nos molestamos ni aun en escribir á los amigos.

PÉREZ MARTÍNÓN.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Pues, señor, éste era un presbítero joven y guapo, que ejercía el cargo de capellán en un convento de monjas Bernardas de una localidad cercana á Madrid.

Un día se las *piró* del convento, no sé si porque le abrumaban las monjas con tonterías tales como si se les había olvidado en el rezo una letra, si habían visto al jardinero en mangas de camisa, si en el mes de Enero habían contemplado un grupo de gatos en el tejado, etc., etc.

Al poco tiempo mi capellán sintió la nostalgia femenina, y, á falta de monjas, se procuró un ama guapa, joven, de buen ver, salada, graciosa... en fin, como yo para mí deseo.

Supieronlo las madres, y ardiendo en celos místicos se lo contaron al vicario, y éste, que tiene dos amas, se indignó y retiró las licencias al ex-capellán de las Bernardas.

Afortunadamente el amigo sabía tocar alguna cosa, y sentó plaza de pianista, y tocando y con su ama se pasaba la vida honradamente, sacando para el pucherete sin necesidad de celebrar misa.

Le alabo el gusto. No faltaba más sino que, por el capricho de unas monjas viejas y feas, abandonase á una *barbiana* que tiene la frescura de una Primavera, la gracia de Dios y unos ojos que le bailan.

Dícneme á última hora que le han devuelto las licencias, y por ¡San Apolinar! que creo que ha de sentirlo; pues, habiendo hecho algún tiempo la vida de hombre, debe serle insoportable la de *cucaracha*: así lo destinarán á ejercer en Alcalá de Henares.

De cómo se puede marear á un ciudadano que desea contraer matrimonio, de las exigencias y manejos de los *cucarachas*, y de otras cosas que verá el curioso lector.

D. Vicente Mira, de Manzanares, quiso casarse canónicamente con una pariente suya, y le exigieron:

	Reales
Dos partidas de bautismo.....	48
Sacar un árbol genealógico.....	50
Formar un expediente, con intervención de los notarios eclesiásticos de Manzanares y Villarrubia.....	400
Por derechos en Ciudad-Real, según convenio.....	400
Derechos á los párrocos de Manzanares y Villarrubia.....	120
TOTAL.....	1.018

Y aquí entra la segunda parte.

Averiguan los *curianas* que la madre del solicitante (viuda con ocho hijos) poseía bienes por valor de diez mil reales, y toman de aquí pretexto para exigirle veinte duros más.

Y tanto solfearon al interesado, que éste, aparentando desistir de la boda, solicitó la devolución de los documentos y del dinero.

Los documentos se los entregaron al galope; pero los ochavos, ni con tenazas podía sacárseles á los *curianas*.

Después de muchas idas y venidas pudo recoger trescientos cuarenta reales de los cuatrocientos que tenía en depósito, y procedió á inscribir el expediente civil, en el que también le trastearon soberanamente; pero, gracias á la rectitud del juez de Primera instancia, á quien acudió en queja, pudo casarse civilmente á los siete meses, lo cual, comparado con la eternidad, es una friolera.

Sirva esto de escarmiento y lección á los que, pensando casarse, pierden el tiempo, la paciencia y el dinero acudiendo á la Iglesia, en vez de irse en derecho al Juzgado municipal.

Dícneme que en un pueblo de la diócesis de León se murmuraba que una devota, casada con un pobre viejo, se *pirraba* por el señor cura.

Que el 31 de Diciembre, unos vecinos curiosos se pusieron en acecho y vieron entrar al hombre negro y á la joven en la iglesia, cerrando tras sí la puerta, y que entonces la cerraron también ellos con el cerrojo que hay por la parte exterior.

Que, al sentir el ruido y oler la encerrona, se ingenió el *pater* para recorrerlo y salió, dejando encerrada á su *frígil* amiga.

Que, al ver los caritativos feligreses frustrado su plan, corrieron á dar parte de lo ocurrido al alcalde, y que éste, mozo listo, fué á pedirle al *cuervo* las llaves de la iglesia.

Que, como es de presumir, él se las negó, hasta que, avisada una pareja de la Guardia Civil, desistió de su negativa.

Que, hecho un escrupuloso registro, apareció la *barbiana*, y no con las manos vacías, sino con un arma de fuego, que aseguran que disparó, rindiéndose luego á discreción y suplicando, en unión de su adorado tormento clerical, que los perdonasen y no volverían á hacerlo.

Por si su arrepentimiento fuera realmente sincero, suprimo los nombres de los interesados y del pueblo donde ocurrió, aunque ofreciendo revelarlos si vuelven á las andadas.

Al salir un vapor de la Corconera para el Astillero (Santander), vió un *cleripopótamo* de Solares á un guardia civil leyendo una *Biblia*, al parecer protestante.

Cogiósela; preguntóle cuánto le había costado; el otro le contestó que seis reales; dióselos, y, haciéndola después pedazos, la arrojó al mar con mucha prosopopeya.

Bien, *cucaracha*, bien. No sabes tú lo que siento que todos los de tu clase no te imiten, pues así prosperaría de verdad el comercio de libros buenos en España.

Por si continuas teniendo esos nobles arranques, te recomiendo las obras siguientes, de venta en esta Administración, poniéndoles los precios para que puedas calcular las que te conviene romper cada día, según el estado de tu bolsillo:

<i>El Judío Errante</i>	9 pesetas.
<i>Lo que no debe decirse</i>	2 "
<i>La Piqueta</i>	1 "
<i>La Religión al alcance de todos</i>	2 "
<i>Dios ante el sentido común</i>	2 "
<i>España moral de clérigos</i> (cuatro partes, á peseta una)	4 "
<i>Acicate de la Alegría</i>	1 "
<i>Regocijo de creyentes</i>	1 "
<i>Aquellos tiempos!</i>	2 "
<i>Los Jesuitas</i>	2 "
<i>Comentarios á la Biblia</i> (El Citador)	1 "

Rompe muchas de esas todos los días, y te haré la rebaja del 25 por 100, te convidaré si algún día vienes á Madrid, y te daré una bula para que hagas todo cuanto se te antoje, sin temor á figurar en los *Manojos de Flores místicas*.

Conque ya ves si son gangas. No seas tonto y aprovecha la ocasión.

Conocía la especie de curas casamenteros, ó, mejor dicho, arregladores de bodas. El de mi pueblo hacía estos negocios con tal acierto, que no había casados que á los tres meses no fueran á buscarle, el marido con intención de sacudirle la ropa, y la *ella* para llenarle de improperios.

Pero la especialidad de clérigos divorciados era para mí desconocida, hasta que he leído lo siguiente en *La Montaña de Manresa*:

«Por motivos que no son del caso explicar, un matrimonio de esta localidad resolvió divorciarse; pero como sea que ambas partes no habían hecho todavía una firme resolución para ello, acordaron separarse y aconsejarse con alguna persona, para obrar más tarde conforme el recto y justo criterio de la misma.

«La primera idea que vino á la mente de los esposos fué la de recibir un consejo del señor arcipreste de nuestra basílica, y al efecto la esposa fué la primera que acudió al auxilio de la primera autoridad eclesiástica de Manresa, para saber cuál era el parecer de la misma y obrar en su conformidad.

«Ignoramos cuál sería la contestación del sacerdote; pero lo cierto es que, al acudir el marido á la casa del señor arcipreste, éste, de una manera destemplada, le increpó duramente, diciéndole que era imposible que su esposa pudiese vivir por más tiempo en su compañía, pues antes de consentir tamaña unión preferiría pagar de su propio peculio la manutención de su esposa».

No sé qué razones tendría el arcipreste para decir tales cosas al marido y hacer tan generoso ofrecimiento á la esposa, pues no creo que su conducta tenga nada que ver con la mayor ó menor hermosura de la dama.

Por lo tanto, me limito á aconsejar al marido que se provea de una buena estaca, abra el

ojo, vigile, y si un día le da alguien motivo para estrenarla, la deje caer con todo el rigor de la honra ofendida.

Y Cristo con todos.

Por muy curado de espanto que esté en fechorías de éstos que graznan, no paso á creer las siguientes calumnias que le cuelgan al *clerigallo* Moas, de Versailles (Cuba).

Que si tuvo ó no tuvo al retortero una esposa mística, con gran escándalo de los fieles; que si después la llevó á Pueblo Nuevo, anejo de Versailles; que si la Dulcinea fué antes novia íntima del sacristán; que si tuvo dos hijos después de su separación del sacristán y su unión con el cura.

Que si el *cuervo* quiere tanto á la Sevillana (así llaman á la ninfa), que la pasea en coche en compañía de sus hijos (los del ama); que si á lo mejor se incomoda con el sacristán y le pone motes que son nombres propios en el ganado vacuno; que si entre el ama y el *pater* y el sacristán insultan á los feligreses por si fué ó por si vino; etc., etc.

Como nada de esto me importa, pueden contárselo al gobernador eclesiástico; y si ya se lo han contado y no ha hecho caso, será porque esté convencido, como yo, de que no son más que viles calumnias.

Formulario epistolar para uso de los curas torpes, es decir, de casi todos los curas.

Escribe un *parrocán* de la provincia de León:

«Apreciable Manuela: recibí la tuya y enterado de su contenido te digo quedará las proclamas que me mandas leer en la tuya y verificadas o concluidas que sean, Sacare las certificaciones que pides ó que te exige el párroco de esa para contraer matrimonio con... el Coste (con mayúscula para que se enteren bien) de todas las certificaciones incluso el papel y los francos para remitirlas á esa es de diez pesetas ó sean dos duros (así, clarito) los que me remitirás por propio seguro si le ay y sino en sellos de franqueo por el correo, advirtiéndome que no entiendo las indicadas certificaciones menos que se me mande el coste de las diez pesetas pues tienes tiempo enuanciosedán las amonestaciones en tres días festivos. Sin mas por hoy tuyo afmo S. S. Q T M b.».—Firma y rúbrica.

Prescindiendo de que no se debe besar la mano á las señoras, porque puede encontrarse el que lo haga con un palo ó un puntapié, la carta, copiada con su propia ortografía del original que obra en mi poder, es un buen modelo de cartas petitorias, que recomiendo á los *cucarachas* para cuando tengan que pedir cuartos.

Pero á buena parte voy á enseñar á pedir dinero, cuando hay *curiana* que deja tamañito al de Alquerdo y San Clemente, que no es, por cierto, el autor de la carta.

Voy á dar un solemne *mentis* á los que dicen que ataco á los curas por sistema, elogiando á uno del ramo, caballero, de palabra, y decente como el que más. El párroco de Membrilla.

Había una curandera en su pueblo que curaba las indigestiones como ella sola. Pescó él una tremenda, la llamó y curóle. Entonces ofrecióle el *pater* decirle gratis una misa de *requiem*, con peteneras y demás, el día que muriese.

Espichó la curandera al poco tiempo, sin duda para aprovechar la ganga, y el cura fué tan decente, que no quiso admitir el estipendio de otras misas que le encargaron aquel día, y se la endilgó á la prójima.

Hay quien sospecha si lo haría por temor á que ésta viniese del *otro mundo* á tirarle pellizcos en el abdomen después de una de las succulentas comidas que se *tragela*; pero esto es una majadería, pues harto sabe él que todo eso es música celestial.

Lo único que queda en claro es que ha cumplido su palabra, lo cual es extraño en un cura, y más tratándose de difuntos.

Por esto le admiro y le aplaudo.

Siempre he sostenido la idea de que el sacerdocio es compatible con la tauromaquia, y para demostrarlo he citado ejemplos de presbíteros que le dan el quiebro á su diocesano, de seminaristas que le sueltan una verónica al rector, y de capellanes de monjas que se trastean á las madres con la gracia del mundo. Si algo me

faltaba para satisfacer mi vanidad, me la ha proporcionado la siguiente noticia:

«La acreditada ganadería que fué del marqués viudo de Salas ha pasado, por venta, á ser propiedad del presbítero D. Agustín Solís, vecino de Trujillo, y de quien es representante el diestro Felipe García».

¡Un sacerdote convertido en ganadero! Esto es hermoso, monumental, épico, por más que me lo estaba viendo venir desde que empuñó la lira aquel presbítero andaluz y le disparó á Mazzantini aquella oda.

Es lo que tienen estos *curianas*. Permite usted á uno escribir de esas cosas, y en seguida se cree otro con derecho á invadir las dehesas.

Fué á confesarse una beata de Monforte, y díjola el cura:

—¿Distraes alguna cantidad del fondo matrimonial para algún capricho?

—Sí, padre. Precisamente he cogido treinta pesetas y comprado un décimo de la lotería.

—Mal hecho, mujer, muy mal hecho; pero ya no tiene remedio. Si quieres ahora que te caiga la lotería, manda rezar una misa, y luego pon el décimo bajo la protección de Cristo.

Soltó la beata cuatro duros al cura y puso el décimo á los pies de un Crucifijo que en su casa tenía; y, aun cuando no alcanzó el premio, tuvo la satisfacción de que su marido se enterara, y con amenazas de medidas coercitivas obtuviera una confesión explícita del pecadillo de la entrevista con el *pater* y de los míseros ochenta reales que le había soltado.

El esposo le prohibió volver á pisar una iglesia, que es lo que debían hacer todos los de la cofradía de San Marcos que deseen vivir en paz en su casa y ahorrarse de pasó unos cuartos.

¿Es cierto, cura de Guadarrama, que el día de los Santos Inocentes, en plena misa, volviste la *jeta* hacia los fieles, y les dijiste que los chicos te cantaban

El señor cura no baila
porque tiene la corona.
¿Señor cura, baile usted,
que Dios todo lo perdona!?

¿Lo es también que en tu propio *chirumen* surgió la idea de enmendar la copla, y dijiste que se debía cantar así:

Señor cura, soy un bruto
y mi padre un animal,
mi madre una sinvergüenza
que no me sabe educar?

¿Lo es asimismo que moliste á coces á un pobre muchacho, que te demandó su padre, y que el juez te impuso veinticinco pesetas de multa y cuatro días de arresto en tu casa?

¿Sabes cómo se llama el cura que en Los Molinos tuvo que salir de *naja* por una ventana, huyendo de un marido que quería alumbrarle con un cirio de fresno?

Cuando me contestes á estas preguntas, te diré con qué intención te las he hecho.

¿Cualquiera reparte equitativamente la jurisdicción de una ermita que hay cerca de Montefrío! No pertenece nada más que á tres partidos judiciales, á tres provincias, á dos obispados y á la archidiócesis de Granada. Un lío completo.

Pero, para lío mayúsculo, el que armaron varios devotos en la fiesta que anualmente se celebra en dicha ermita el día de Inocentes, pues hubo una de puñaladas, estacazos y tiros que encendía el pelo. Con decir que resultaron doce heridos, de los cuales once cayeron á tierra en la jurisdicción del Juzgado de Alcalá la Real, está dicho todo. El otro quedó finiquitado en la linde del de Priego y del de Montefrío, por lo cual tuvieron que levantar el cadáver de común acuerdo los dos jueces.

En lo sucesivo, cuando llegue la fiesta de los Inocentes, deberán los jueces apostarse en sus respectivos términos, al ojeo de los muertos que les toquen de tan católica y salvaje romería.

Como en todas partes cuecen habas, en todas sacan los curas dinero.

Dígalo la culta República Norte-Americana, donde hay curas católicos capaces de dar un *timo* al lucero del alba.

Ahora mismo, un tal Stella, clérigo aprove-

chadito, imitando á muchos cuervos de España, ha organizado su rifa para la restauración de la catedral de San Luis (Nueva Orleans), ó más bien para la reparación de su estómago.

El ministro de Dios no ha puesto á las papeletas más que el insignificante precio de veinticinco centavos (cinco reales).

La rifa promete durar tanto como duren los tontos, y, como el número de éstos es infinito, ya hay lotería para rato.

Y ande el bombo, amigo Estafa; digo, Stella.

Como el misterio de la Concepción no ha sido dogma hasta que D. Juan Mastai (ó siquier Pío IX, hablando en *caló* de Iglesia) lo declaró, todavía hay muchos impíos que siguen pensando como santos; es decir, como los santos que combatieron dicho dogma.

Pero esos malvados y aquellos bienaventurados no han oído á un berrendo que soltó en Guadalcanal el siguiente re...argumento:

«Si hay alguno que no crea en el misterio de la Concepción, ponédlo ante esa imagen y le veréis caer desfallecido».

Varios incrédulos hicieron la prueba á hurtadillas, y efectivamente, no desfallecieron. ¡Se da cada milagro!...

En Salinas de Añana (Alava) se han perdido dos jóvenes, aunque guapas.

Y el alcalde, sin consultar con los curas del pueblo, lo ha anunciado en el *Boletín Oficial* de la provincia.

Y digo lo de la consulta, porque nada más natural que los curas supieran su paradero; aparte de que pudieran influir con algún santo para hacer el milagro de que volviesen al redil.

Pero paciencia, que quizás no pasen tres trimestres sin parecer las pérdidas, y entonces se adivinará el misterio... de la Encarnación.

Copio de *El Demócrata*, de Palma de Mallorca:

«Se asegura que por orden del señor obispo se ha mandado se entreguen las sobras de comida del Seminario á las Hermanitas.

Estas raciones se cedían á bajo precio á familias pobres, y ahora las consumen los cerdos que engordan las Hermanitas en su casa, contraviniendo las Ordenanzas Municipales.

OTRA. Que se abonen quince céntimos para cada sello que se estampa en los documentos que se libran por la Curia eclesiástica.»

La caridad católica bien ordenada empieza por uno mismo... y por los cerdos que tiene alrededor.

En la Redacción de *El Diario* de Murcia se ha rifado una cerda de diez y seis arrobas á beneficio de las Hermanitas de los Pobres, habiendo salido premiado el núm. 2.301, de los dos mil quinientos de que constaba el sorteo.

Dicho periódico insertó la noticia, suscrita por nueve católicos, sin que las autoridades murcianas tomaran determinación alguna.

Tratándose de los cerdos de los frailes, ó de las cerdas de las Hermanitas de los Pobres, no hay juez ni gobernador que diga una palabra, á pesar de estar prohibidas las rifas, y revestir, por lo tanto, el carácter de estafas al Estado.

Robusto Rocín, digo Ronciño, *sacris* de Monforte:

A los socios del Liceo Artístico que se burlan de la redacción de las papeletas de la rifa que has organizado, no les hagas caso, pues, para hecha de afición, bastante mal está.

RIFA DE UN CERDO

En obsequio á los festejos de San Antonio.

Vale 10 céntimos de peseta.

Así dice, y por cierto que no entiendo la razón de su censura, como no sea por el pueril placer de asociar tu nombre al del respetable animal rifado.

Unos ochenta frailes descalzos, parte de la comunidad que existe en Bilbao, acaban de establecerse en la iglesia del Carmen de San Fernando.

Obedece esta variación de aires y clima á que ya los han conocido en la invicta villa, y

ni Cristo les da un cuarto, á pesar de la desvergüenza con que lo piden.

Y lo bueno es que dice *El Departamento*, periódico de San Fernando, que tampoco encontrarán allí la ganga que buscan; noticia que me congratula en extremo.

Pues la limosna debe darse á los pobres, pero á los pobres imposibilitados para el trabajo, y no á esos gandules de profesión.

Estamos en un pueblo de la provincia de Cuenca, y en casa de una joven guapa, huérfana de padre, y cuya madre está enferma.

En el instante de la acción, la joven se halla acompañada de una amiga: llega el cura, y manda á ésta por unos cigarros al estanco.

Y cuentan que al regresar encontró á su inocente compañera pálida y descajada, y en el ceño airado del *clerimico* creyó advertir señales de ira y disgusto por la diligencia con que había vuelto.

Como no me dicen el nombre del pueblo donde ha estado á punto de ocurrir la catástrofe, con esta fecha escribo al cura de Sisante, rogándole que se digne averiguarlo y ponerlo en mi superior conocimiento.

El *signore* D. Juan Bosco, presbítero que desde Turín evangeliza por medio de sus agentes las vastas regiones de la Patagonia, ha escrito una circular invitando á todos los fieles españoles á que suelten la mosca.

El castellano en que escribe, es todo lo macarrónico que puede soñarse; lo único que se entiende perfectísimamente, es lo que se refiere á la *guita*.

Esto me mueve á aconsejar al reverendo que cambie su apellido Bosco por el de Busco, ya que se pinta solo para buscar dinero en todos los idiomas.

A ver, *curiana* de Ubrique, si no aúllas tanto contra los libre-pensadores ni demás gentes que ven más allá de tus narizotas, ni tampoco pretendes embozadamente sembrar en tu baturro auditorio deseos de quemar la biblioteca anticlerical que tiene un vecino tuyo.

Dedícate á sacar á los tontos las *motas* que puedas para llenar de *manró* y *brinsa* á los *chorrés* de la *gachí* gordinflona con quien vives, y déjate de historias.

Conque, *sonsirre*.

La María, la Vicencia, la Dolores, las Meras y otras devotas andan de cachetina cada lunes y cada martes, á causa de un clérigo que tiene la sal del mundo y el cuerpo más robusto que puede imaginarse.

Si tú, ¡oh Pepe, el de Mazo (Canarias)!, conoces á ese presbítero, hazme el obsequio de decirle que no sea bruto; que el árbol más robusto se viene á tierra cuando se le seca la savia, y, sobre todo, que no vale abusar de la gracia divina.

El 9 del corriente aparecieron limpios de polvo y paja los cepillos de la catedral de Santiago. Como primera providencia, fueron detenidos todos los guardianes del templo.

Si siempre se hiciera lo mismo, acaso se die- ra siempre con los ladrones sacros.

SERVICIO TELEGRÁFICO

Cádiz.—Cachetina dos fieles iglesia Juan de Dios. Confusión, desmayos, alboroto.
—Venga de ahí.

Mazo (Canarias).—Pepe Rodríguez (*cuervo*) acompaña María enramar iglesia, y...
—Punto final.

CONSULTOR DE FELIGRESES

Tortosa.—¿Ha visto usted por ahí al deán de esta catedral, D. Celestino Pazos, que hace unos dos meses se ausentó de ésta con una *barbiana*, ama ó sobrina suya?
—Hombre, sí. Hace pocos días, pasaba yo por la calle de Alcalá y le vi entrar en la casa donde está situado el café de Fornos; pero, en honor de la verdad, iba solo.

Y como sé lo que ambiciona, me dije para mi capa: «Habrá venido á ver si busca influencias para que lo agracien con uno de los obispos vacantes».

En lo cual podré haberme equivocado, pues si es cierto lo que usted asegura, tal vez habrá venido á distraer un poco á Doña Carmen, que creo que así se llama la señora que le sirve.

Montanejo.—¿Dónde estará nuestro cura, que desde el 4 de Octubre último, en que desapareció por no pagar la contribución de consumos, ni con hurones se le encuentra?

—¿Y yo qué sé, no habiendo ahora partidas carlistas en el campo?

CORRESPONDENCIA MÍSTICO-PROFANA

Breña Baja.—Lo que usted me refiere del cura y la criada, lo he referido ya hace tiempo; y lo de la despedida del sacristán y sus consecuencias, también.
Vengan noticias más frescas.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

La Querida, novela original del elegante escritor Julio Claretie, es una de las obras literarias más acabadas que han salido en estos tiempos de la vecina República; una novela llena de vida, salpicada de primores de estilo; de una acción sencilla, pero interesantísima.

La heroína, Lea Thibault, es una de tantas mujeres, hijas del azar, dotada de una belleza deslumbradora y de una buena voz, que le sirven, aquélla para causar males sin cuento y ruinas en las familias; ésta para convertirla en una artista popular entre cierto público de gusto dudoso, que tanto abunda en París.

Claretie no ha dejado á su novela, muy humana y muy real por cierto, ese sabor amargo que tanto gustan de dar á sus obras una porción de novelistas contemporáneos, por lo cual no deja en el lector esa impresión de disgusto que llevan al ánimo otros autores modernos.

La versión castellana de *La Querida* consta de dos tomos de más de 320 páginas cada uno, cuyas condiciones materiales son las mismas de todas las de *El Cosmos*.

El segundo tomo se halla completado por un cuento del mismo autor, que es una verdadera filigrana de estilo. Se titula *Carlos y Cornelio*, y es dignísimo remate á un libro tan notable como *La Querida*.

Esta obra se halla de venta en *El Cosmos Editorial*, Montera, 21, Madrid, y en las principales librerías de España y América, al precio de cinco pesetas.

Hemos recibido un interesante folleto titulado *Los humos sulfurosos en la provincia de Huelva*, donde se ponen de manifiesto los gravísimos perjuicios que á los intereses agrícolas de los pueblos de los distritos de Valverde y Aracena ocasionan las calcinaciones al aire libre, y se prueba que nada se ha hecho por librar á aquella región de los humos que la destruyen lenta, pero continuada y progresivamente, perturbando la vida animal y extinguiendo la vegetal de tan productivo país.

Después de leído, se adquiere el convencimiento de que las influencias del caciquismo impiden la solución de tan grave problema, siendo así que el Gobierno no tiene más que apoyarse en la Ley para resolverlo.

Historias de amor, por José de Siles.—Precio dos pesetas.—Administración, calle de las Rejas, núm. 4, primero.—Madrid.

Obra bien escrita y elegantemente editada, que se vende en las principales librerías y en esta Administración.

ALMANAQUE DE EL MOTÍN PARA 1887.

Se ha puesto á la venta en esta Administración y en las principales librerías.

Los señores que lleven un año suscritos al periódico en Madrid pueden desde luego pasar á recoger el ejemplar que les regalamos, previa presentación del último recibo.

Los que no lleven aún ese tiempo tendrán también derecho á recibirlo gratis, siempre que renueven las suscripción por seis meses.

Los de provincias que se entienden directamente con esta Administración obtendrán iguales ventajas dentro de las mismas condiciones.

Los demás, esto es, los que no lleven un año ni se suscriban por seis meses, sólo tendrán derecho á recibirlo con el 25 por 100 de rebaja.

LA REPÚBLICA

Lámina en diez colores al cromo.

Mide la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho, y es propia para colocarla en un cuadro en los casinos y comités.

Los libreros y corresponsales pueden adquirirla con el 25 por 100 de descuento, y con el 50 los señores que se suscriban por un año á EL MOTÍN.

Se vende en la Administración al precio de tres pesetas.

MADRID: 1887.

IMPRENTA POPULAR, Á CARGO DE TOMÁS REY

4 — Plaza del Dos de Mayo — 4